

COMENTARIOS

EL CARDENAL WOJTYLA UN PAPA DE LOS HOMBRES

Jon Sobrino

"Con qué veneración el apóstol de Cristo debe pronunciar esta palabra: hombre!" (Juan Pablo II en la misa del domingo 22 de octubre).

El 16 de octubre fue elegido nuevo papa el Cardenal polaco Karol Wojtyla, Arzobispo de Cracovia. Las primeras reacciones expresaron la sorpresa por lo que el nuevo papa no era. No era cardenal de la curia romana ni participaba en el poder central del Vaticano. No era versado en funciones diplomáticas. Y, sobre todo, no era italiano. 455 años de tradición eclesiástica quedaban rotos y superados. El centro de la Iglesia no es ya monopolio exclusivo de una historia, una tradición o una cultura determinadas. La Iglesia se abre a lugares desconocidos, a incertidumbres y riesgos.

Pero a medida que van pasando los días el nuevo papa comienza a ser conocido por lo que él en verdad es. Y la sorpresa aumenta día a día. Nos encontramos con una persona de gran aliento humano, con alguien que sabe de verdad los gozos y tristezas de ser hombre, a quien nada se le ha regalado para llegar a serlo; nos encontramos simplemente con un hombre a quien parece que hemos conocido largo tiempo, porque trae consigo las mejores raíces de la humanidad. Una larga vida de duro trabajo manual y estudio, de luchas y sufrimientos, de estar con su pueblo y acompañarlo, le ha ido modelando como un ser humano cercano a todos nosotros, a pesar de provenir de la lejana Polonia. Y además, con tiempo para aprender seis idiomas y para cantar, para dictar conferencias en la Universidad de Harvard y practicar el deporte.

Sus gestos y palabras comunican la sensación de cálida y no fingida humanidad. No es la figura eclesiástica que se esfuerza además por ser hombre, por acercarse y congraciarse con lo que está fuera de las funciones eclesiásticas, allá en el mundo. Da más bien la impresión contraria. Es un hombre del mundo, que vive, sufre y se alegra en el mundo. Y por

ello su fe parece brotar de profundas raíces de savia humana. La unción de sus alocuciones no es forzada ni aprendida. No habla de Dios como si no existiera la historia real; no habla de Cristo como de alguien lejano que es traído a colación cuando ya no se sabe qué decir del hombre, sino como de alguien cercano a nuestra historia real. "No temáis —dijo en su primera Homilía—. Cristo conoce la intimidad del hombre".

Esta profundidad da esperanza a muchos hombres y también miedo, mal disimulado, a otros. Porque resulta que el hombre y cristiano Juan Pablo II ha nacido y vivido en Polonia, país eminentemente católico y desde hace treinta años con un régimen comunista. La humanidad del nuevo papa no proviene de la abundancia del primer mundo, su fe no ha crecido con las facilidades convencionales de "ir a misa los domingos" y ser así ya cristiano. Su fortaleza no se ha mantenido al amparo de los poderosos de este mundo, ni su libertad ha sido moldeada por la competitividad y ambición conocidas entre nosotros.

Un hombre así da esperanza a muchos, a todos aquéllos a quienes la vida poco les ha regalado y de mucho les ha privado. Pero da también miedo a otros, a aquéllos que creen en el hombre de palabra, pero de obras sólo en sus intereses. Es notable cómo en los editoriales de la prensa se ha usado ideológicamente la figura del nuevo papa y se ha hablado tan poco de su profunda humanidad y sus raíces. Es notable cómo se repite que el papa sufrió bajo un régimen comunista y que la Iglesia de Polonia es una Iglesia de catacumbas, una Iglesia perseguida. Es notable cómo a propósito del nuevo papa se trae a colación el fracaso del socialismo en los países del Este europeo.



Para condenar la ideología comunista cualquier coyuntura parece ser apropiada, pero recordar las raíces humanas y cristianas del nuevo papa parece peligroso. Pero así no se le hace ningún servicio al papa ni se hace de este pontificado un servicio a nuestro país. El papa ha vivido y ha sufrido en un régimen comunista, pero no se ha especializado en atacar ideologías, sino en defender los derechos de los hombres, lo cual son dos cosas muy distintas. Porque se puede atacar para defender los propios intereses, se puede atacar para que no cambien lo que nos conviene que no cambie; se puede hablar de la Iglesia de las catacumbas en la lejana Polonia para no mencionar la persecución a nuestras propias Iglesias cercanas; se puede alabar la defensa de la libertad religiosa en Polonia para no tener que cambiar aquí una religión cómoda y alienante.

¿Cómo se puede alabar en la prensa la defensa de los derechos humanos, infatigablemente llevada a cabo por el papa en Polonia, y condenar la defensa de los derechos humanos que entre nosotros lleva a cabo Mons. Romero? ¿Cómo se puede alabar la larga lucha de 25 años por construir la Iglesia de Nowa Huta y condenar la construcción de organizaciones populares? ¿Cómo se puede alabar el argumento de que una población con 80 o/o ó 90 o/o de católicos tiene derecho a una Iglesia y condenar el argumento de que el 60 o/o de la población de El Salvador, los campesinos, no tienen derecho a organizarse?

Mal servicio será al nuevo papa y a nuestra realidad enfocar los problemas de esta manera. Mal servicio será presentar al nuevo papa como anticomunista empedernido o sospechoso de marxismo, pues también estas especies circulan en nuestros medios. Y será mal servicio porque desde el principio ideolo-

gizarán al papa y se perderá de esta manera su más profundo aporte de humanidad. Naturalmente que el papa tendrá su propia ideología, naturalmente que haber vivido tantos años en un régimen comunista le hará tener ideas propias sobre el socialismo político y dogmático y le habrá hecho también tener ideas propias sobre la degeneración consumista del primer mundo.

Lo más profundo de este papa no creemos que va a estar en una ideología, sino en la profunda convicción de la dignidad y los valores del hombre. El papa no condenó en Polonia la ideología marxista por ser marxista, sino en lo que tiene de atea y de práctica antirreligiosa, privando así de sus derechos a sus compatriotas. Lo que el papa ha condenado es la negación de los derechos humanos dondequiera y como quiera que se nieguen, bien sea la libertad religiosa o la opresión en cualquiera de sus formas sociales, económicas y políticas. Y lo que ha defendido es la liberación del hombre, liberación integral y por ello económica, social y política, y también religiosa.

Pero este papa da también esperanza a todos los hombres que en verdad quieran serlo y a todos los cristianos que quieran vivir su fe en este mundo. Y si puede dar esperanza es porque él la ha mantenido cuando esto ha sido difícil. Una Iglesia de catacumbas refleja siempre algún tipo de opresión, pero paradójicamente en esas catacumbas va a aflorar la auténtica fe y esperanza. Ser Iglesia cuesta y sólo cuando cuesta serlo aflora y crece la Iglesia. La humanidad del papa ha sido moldeada por la profunda fe de una Iglesia que lucha, que no tiene privilegios, que muere como el grano en el surco para dar así mucho fruto.

Dicen que el papa llegó a Roma con sólo diez dólares en el bolsillo, pues las leyes de su país no permitían sacar más dinero. Dicen que él mismo tuvo que ir con sus feligreses a buscar piedras al río para construir un templo cuando las autoridades civiles se negaron a facilitar los medios materiales de construcción. Muchos se escandalizarán farisaicamente de esto. Pero la Iglesia lo apreciará como un gran tesoro. Pues no es con millones fáciles como mejor se construye, sino piedra a piedra y hombre a hombre.

Cuando cuesta ser Iglesia, la Iglesia se hace cristiana. Y éste es por ahora el gran aporte del nuevo papa. Desde su nueva posición podrá y deberá hacer mucho para denunciar el sufrimiento de los hombres y mitigarlo en lo que pueda. Pero no será pequeño servicio que nos recuerde a la inmensa mayoría de cristianos del mundo que a la Iglesia siempre le ha ido mejor, cuando como Jesús ha tenido que sufrir y luchar, cuando su fuerza ha estado en la debilidad del mundo.

El actual prestigio del papa reside en ese inmenso humanismo que irradia. Los hombres le han

visto libre, con profundo amor a su pueblo, con orgullo de su gente, compasivo y cariñoso. En Italia ya se han inventado un "coctel Wojtyla", que lejos de ser una irreverencia muestra cómo ha llegado a la gente. Pero más de fondo aún, su prestigio está acrisolado por el sufrimiento y la fortaleza cristianas,

por haber acompañado y haberse solidarizado con aquéllos que han sufrido guerra, invasión y penurias. Miles de millones en el mundo viven en esta situación. Todos ellos esperan que, como Jesús, este papa siga siendo un papa de los hombres, de los pobres y oprimidos.

